

Por NICOLÁS MAVRAKIS

Pyongyang de Hernán Vanoli

Página 2



GUEVARA EN BOLIVIA

Lecturas en la selva

Página 3

Por JAVIER CHIABRANDO

El año del verano que nunca llegó de William Ospina

Página 4



WWW.TELAM.COM.AR

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

SUPLEMENTO LITERARIO TELAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 307 | JUEVES 19 DE OCTUBRE DE 2017



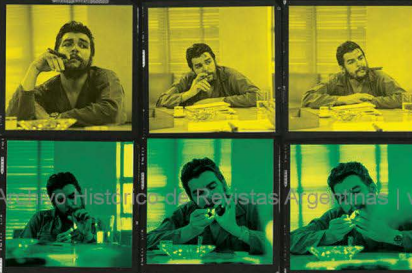
Che, lector

A 50 años del asesinato de Ernesto Guevara en Bolivia, aquel 9 de octubre de 1967, la Biblioteca Nacional organizó una muestra de los libros que lo formaron como político y revolucionario. A partir de esa exposición, Vicente Battista profundiza sobre la pasión lectora del líder, su amor por la poesía y su visión acerca de lo que para él significaba vivir la escritura.

Ernesto Sábato publicó *Uno y el Universo* en 1945. A Ernesto Guevara, entonces un joven de 17 años, que aún no era el *Che*, le impresionaron las propuestas políticas, filosóficas y literarias que el libro contenía. En 1959, Ernesto Sábato se sorprendió por la carta que un compatriota le enviaba desde La Habana. En pocas líneas, ese hombre revelaba lo importante que para él había sido la lectura de *Uno y el Universo*. “En aquel tiempo yo pensaba que ser un escritor era el máximo título al que se podía aspirar”, admitió. La carta la firmaba el comandante Ernesto Guevara, que ya era el *Che*.

Aquella temprana pasión por la lectura lo acompañaría hasta el fin de sus días y hasta ese final no dejó de pensar que ser escritor era uno de los máximos títulos a los que se podía aspirar. El 28 de enero de 1960, pocos días después de su entrada en La Habana, eligió a un poeta mayor como el hombre clave para la revolución que acababa de triunfar, escribió: “Martí fue el mentor directo de nuestra revolución, el hombre a cuya palabra había que recurrir siempre para dar la interpretación justa de los fenómenos históricos que estábamos viviendo porque José Martí es mucho más que cubano: es americano, pertenece a todos los veinte países de nuestro continente. Cómplenos a nosotros haber tenido el honor de hacer vivas las palabras de José Martí en su patria, en el lugar donde nació”. Para el *Che* la palabra era el principal vehículo a la hora de interpretar los hechos históricos, aunque esa voz no debía ser meramente informativa, parafraseando aquella frase de Marx: “Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversas formas el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo” — era preciso que la palabra se convirtiera en un legítimo elemento de transformación.

El 5 de diciembre de 1956, los ochenta y dos guerrilleros que pocos días antes habían desembarcado del Gramma, tuvieron su primer enfrentamiento con las tropas de Batista. El Combate de Alegría de Pio resultó un desastroso bautismo de fuego para las fuerzas revolucionarias: sólo veintidós hombres quedaron activos, los sesenta restantes cayeron en acción o fueron prisioneros. El *Che* fue el único que le sobrevivió en aquel momento, cuando todo parecía perdido, no se encomendó a ninguna de las posibles formas de Dios; simplemente, recordó un cuento de un escritor que mucho admiraba.



Así fue el Año Histórico de Revistas Argentinas | WWW.TELAM.COM.AR

SIGUE EN LA
PÁGINA 3



El escritor Javier Sierra (Teruel, 1971) se alzó ganador de la sexagésima sexta edición del Premio Planeta—el mejor dotado en lengua española, con unos \$601.000—por *El fuego invisible*, una novela centrada en “el poder de las palabras, en las palabras que inventamos para definir nuevos tesoros”, según definió el autor. El ganador del premio que otorga el grupo Planeta, sostuvo que “la

función suprema de la literatura no es entretener, es despertar” al lector, lo cual supone “inquietar, cambiar la visión del lector”. Sierra es uno de los autores de ficción más traducidos de los últimos tiempos—en torno a una cuarentena de lenguas—y además es el único escritor español que consiguió hacerse lugar en la lista de más vendidos de *The New York Times* con *La cena secreta*.

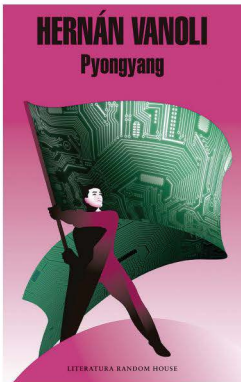


El fantasma de la libertad



→ NICÓLAOS MAVRIAKIS

El escritor y editor Vanoli reunió en esta edición de Random House cuatro poderosos relatos enlazados por la idea—como señala el autor de la esta nota—“que lo que en muchos casos llamamos libertad no es más que una experiencia controlada bajo los parámetros del mercado”.



A cerca del lenguaje con el que Hernán Vanoli (1980) escribió la novela *Cataratas* (2015) o los cuentos de *Pyongyang* (2017) podría decirse lo que Gilles Deleuze anotó sobre la naturaleza: no se trata de una forma sino de un proceso de puesta en relación. El lenguaje de Vanoli, por lo tanto, no es una “totalidad” ni una de esas “creaciones radicales” que suelen atribuirse quienes confunden la literatura con un ejercicio sofisticado de autismo. El lenguaje de Vanoli, en cambio, es un cóncave movimiento. ¿Y esto qué significa? Significa que a la vista está la *prosa*, en el sentido-estético de una escritura que se sabe elaborada, pero también está la sociología como un prisma de combate contra las arcaicidades.

de los códigos del conocimiento y otras veces es la de las trampas de la burocracia. Pero casi siempre—y por eso Vanoli se destaca frente a cualquier literatura entregada a la autocomposición del Yo—la melodía principal es la de los terrores subterráneos de la libertad. Esa, de hecho, es una de las máximas premisas satíricas de *Cataratas*, una historia en la que, sometida a los suaves rigores del estudiantado eterno, una investigadora del Conicet llega a sentirse en un momento entre “los primeros besos del planeta” y “los últimos besos del planeta”.

Recorridos a velocidad constante, los cuatro cuentos de *Pyongyang* marcan ahora un camino semejante a lo largo de los conflictos de la *experiencia de la libertad*. Ya sea que se trate de una mujer perseguida por los caprichos

alucinados de un oso Kermode y por la presencia (más sutil y espectral) de una madre muerta; ya sea que se trate de una pareja hastiada por la convivencia y a la espera de un hijo en el que proyectan la reformulación de sus vidas (el tipo de fantasía mesiánica a través de la que llegan a la secta del Hermano Armando); ya sea mediante la insurrección de un conjunto de máquinas para correr que desde una red clandestina de gimnasios planifica su marcha definitiva sobre la especie humana o por la sinergia ideológica de un grupo que logra escapar a la red al mismo tiempo que “fugita,

denuncia y manilla en las redes sociales” al candidato político de turno. Vanoli insiste en recordarle al lector lo mismo: aún en los instantes de silencio y concentración, lo que se oye es el andamiaje hecho de bocanadas de aire y de sofocaciones de ansiedad de la libertad.

Establecida esta cuestión, la pregunta relevante es acerca del cómo. ¿Cómo hace *Pyongyang* para estetizar ese andamiaje sin caer en la trivialidad de la denuncia y sin hundirse en la torpeza de la victimización? O en términos más llanos, ¿cómo hace Vanoli para escribir sobre lo dañino de la libertad? Pero para avanzar hacia el cómo tal vez haya que atravesar primero el por qué. Y en esto el lenguaje de Vanoli, es cóncave movido, vuelve a ser la parte esencial del engranaje. Por lo menos si uno asume que atendible aquella advertencia (bastante sensata) que sostiene que a los escritores les gusta escribir sobre las cosas caras de las cuales les gusta pensar.

Como académico, como investigador, como editor, y como periodista—tareas que también definen al ensayista, cuentista y novelista Vanoli—, no es extremadamente complejo descubrir que lo que en muchos casos llamamos libertad no es más que una experiencia controlada bajo los parámetros del mercado. Las reivindicaciones de género, el dominio tecnocrático sobre la política y la financiarización de la economía (que invita a endeudarse por el resto de la vida para “cumplir un sueño”) son apenas algunos ejemplos evidentes. Pero el problema, sin embargo, se proyecta aún más hacia el plano de lo teórico. Porque si nuestra libertad funciona hoy como una mercancía más en el mercado y si, a partir de eso, el catálogo de lo que le da forma y sentido a la “realización”, a la “felicidad” y al “éxito” obedecen, de hecho, a una lógica no muy distinta a la que regula el mercado de la mirada por los principios de la oferta y la demanda, ¿se trata realmente de libertad? La interrogante permanece abierta y, en tal caso, lo mejor en la obra incipiente de Vanoli trata sobre la necesidad de iluminar nuestro tránsito

hacia la formulación de esa pregunta.

Pero, mientras tanto, no son muchos los autores tan familiarizados—técnica y metodológicamente familiarizados—con la forma en que estos procesos de subjetivación mercantil se llevan adelante, cada día, alrededor y en el interior de nuestras vidas. Es por eso que quienes experimenten alguna incomodidad metafísica luego de leer *Pyongyang* deberían considerar reencontrarse con Vanoli en las páginas de: *¿Qué quiere la clase media?*, un ensayo publicado a finales del año pasado en el que el autor de *Cataratas* deja claro que si bien el 80% de los argentinos se define como miembros de la clase media, solo el 48% posee “un nivel de ingresos de clase media en un país donde ser de clase media y ser asalariado pueden ser perfectamente sinónimos”.

La paradoja, sin embargo, es que señalar que *Pyongyang* trata sobre cómo los hombres y las mujeres del siglo XXI prueban suturar esa herida abierta entre lo que consideran que son y lo que consideran que deberían ser no es un señalamiento ocioso. ¿Y por qué no? Porque cuando el lenguaje de la libertad está colonizado por el lenguaje del mercado, lo único necesario para iluminar los peligros de esa fusión es un lenguaje capaz de sustraerse de la libertad y del mercado a la vez. Y ahí está, entonces, el peculiar lenguaje coral de Vanoli: el instrumento estético y político crucial de su literatura. Lo que resta, luego, es nuestra disposición inteligente a leer, una exigencia intelectual que *Pyongyang* recompensa con dosis certeras de humor. Como dice una de las máquinas para correr durante su guerra contra la humanidad, “cualquier tipo de evolución se produce a través de la hipertrofia y el exceso, una desmesura que opera antes de que las reglas de la selección natural impongan el ritmo natural al ciclo de la vida”.

La traducción al inglés de *Zama*, la novela del mendocino Antonio Di Benedetto (1922-1986), que realizó Esther Allen y publicó el sello The New York Review Books Classics, fue distinguida en la categoría de poesía y prosa por la Asociación Americana de Traductores Literarios. Se trata del único galardón a nivel nacional en EE. UU. que premia ficción traducida, poesía y literatura de no ficción.

La selección estuvo a cargo de Carol Apollonio, Eric M. B. Becker, y Otilie Mulzet. "Cuán afortunados somos de tener este clásico de la literatura argentina del siglo XX en inglés", destacó el jurado. *Zama* se publicó en 1956 y se reeditó en el 2000 por el sello Adriana Hidalgo. Desde entonces, se tradujo al portugués, alemán, hebreo, francés, italiano y checo, entre otras lenguas.



Che, lector



→ VICENTE BATISTA

VIENE DE LA TAPA

En *Alegoría de Pin*, uno de los relatos de su libro *Pasajes de la guerra revolucionaria*, evocó aquel combate: "Enfadado, disparé un tiro hacia el monte, me puse a pensar en la mejor manera de morir en ese minuto en que parecía todo perdido. Recordé un viejo cuento de Jack London, donde el protagonista, apoyado en un tronco de árbol se dispone a acabar con dignidad su vida, al saberse condenado a muerte, por congelación, en las zonas heladas de Alaska". A partir de este relato, Julio Cortázar escribió uno de sus grandes cuentos: *Remón*.

El primer libro publicado del Che Guevara fue *La guerra de guerrillas*, apareció en La Habana en 1961, dos años después se conoció *Pasajes de la guerra revolucionaria* y a partir de ese momento se multiplicaron los volúmenes con su firma, entre los que se pueden mencionar: *Diario de la Campaña de Sierra Maestra*, *Viajes por Sudamérica*, *Los Diarios de la Campaña del Congo y de Bolivia*, *Soy un futuro en camino* y otra veintena de títulos. Existen además una gran cantidad de escritos, poesías y textos inéditos, la mayoría de ellos en poder de su viuda, Aleida March. El material literario del Che lejos está de agotarse.

En el prólogo a *Obra Revolucionaria*, un volumen que reúne muchos de sus escritos, Roberto Fernández Retamar señaló: "Felizmente para nosotros, será no sólo una de las figuras más deslumbrantes de la hazaña iniciada entonces, sino también su primer cronista (...) no son consideraciones intelectuales las únicas que mueven al Che a escribirlo en esa magnífica prosa suya, seca y coloquial. Está también el artista quien lo escribe. Aquí no se 'generaliza', sino se pone la mano, la memoria sobre lo concreto. Pero si se trata de mostrar la guerra como realmente es, con su violencia, su grandeza, su dolor y su constante afrontamiento de vida y muerte". En una de las últimas fotos en Bolivia se lo puede ver al Che leyendo, encaramado a la rama de un árbol. Régis Debray, testigo de aquellos días, cuenta que Guevara "se había hecho una pequeña biblioteca, escondida en una gruta, al lado de las reservas de viveres y del puesto emisora".

Los libros suelen ser objetos pesados, algunos por su contenido; todos por su continente. Sin embargo, el Che jamás se desprendió ni de sus libros, ni de los cuadernos que llevaba para testimoniar los días de combate. En una de las primeras acciones de la guerra de guerrillas en Sierra Maestra, al novato combatiente, al joven médico Ernesto Guevara, se le presentó una difícil alternativa: excedido de peso, debía elegir entre llevar la caja de balas o llevar la caja de medicamentos; optó por la caja de balas. Años más tarde, en las selvas de Bolivia, volvió a presentarse un dilema parecido, aunque en esta oportunidad tenía que elegir entre libros o municiones. Cuando las tropas del general René Barrientos, que se había apoderado del gobierno de Bolivia luego de derrocar por la fuerza al presidente Víctor Paz Estenssoro, cercaron al Che en la Quebrada del Churo, lo encontraron en condiciones atroz; ni siquiera calzaba tenía pero atado asustadito junto a los compañeros de su diario de campaña. Gracias a la lectura de ese Diario tenemos categorico testimonio de aquellos trágicos días y definitivamente sabemos que para el comandante Ernesto "Che" Guevara ser escritor continuaba siendo un máximo título al que aspirar.

GUEVARA EN BOLIVIA

Lecturas en la selva

Los textos y autores que Ernesto Che Guevara leyó a lo largo de su vida, y que abonaron su formación como político y revolucionario, pero también como lector incansable de los clásicos de la literatura universal, la historia y la psicología, se exhibirán en la muestra "Che lector", que se inauguró en la Biblioteca Nacional, a 50 años de su asesinato en Bolivia.

La exposición reúne las lecturas del Che organizadas en diferentes ejes temáticos: literatura, historia y biografía, filosofía/pensamiento, deporte, psicología/psicoanálisis, debate económico.

De su puño y letra también aparece la ecléctica lista de obras y autores leídos en su adolescencia: *Doctrinas y descubrimientos* de Florentino Ameghino; *El capitán zeneco* y *El sombrero de tres picos* de Pedro A. de Alarcón; *La Divina Comedia* de Dante Alighieri; *La verdad sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón.

La lista, que aparece en tinte de distintos colores, incluye numerosas obras de Julio Verne, entre las que figuran *La isla misteriosa*, *Las aventuras de tres rascos* y *tres ingleses en la India Austral*. *Los indios negros*. *Vuelta al mundo en 80 días* y *Viaje al centro de la tierra*.

Las biografías del estadounidense Jon Lee Anderson y del mexicano Paco Ignacio Taibo II

fueron claves para reconstruir las lecturas del Che, así como sus cuadernos de notas, documentos personales, y textos inéditos que atesora el Centro de Estudios Che Guevara de Cuba -donde se encuentra la biblioteca original del líder revolucionario-, que dirige su última mujer, Aleida March, junto a María del Carmen Ariet.

Uno de los episodios que revela la fuerza de sus convicciones sobre la importancia de la formación intelectual, tiene que ver con el armado en Bolivia de una biblioteca para que los combatientes tuvieran una instancia de formación, en pleno territorio de lucha, en 1966.

De esta manera, reunió libros sobre la historia de ese país desde los orígenes de la civilización incaica. Otro de los textos que leyó el Che en ese momento fue *Petróleo en Bolivia*, de Sergio Almaraz.

A esta inquietud por el saber también se sumaron instancias de alfabetización de los combatientes, inclusive en pleno territorio de lucha armada. Otro de los textos que abordó ante la inquietud sobre el destino de los pueblos originarios del continente fue *El indioamericanismo y el problema racial en las Américas del medio* chileno Alejandro Lepuchitz.

El Che también tenía una especial predilección por las biografías, como las de los escritores rusos León Tolstói y Fédor Dostoyevski. En su primera gira como funcionario de la Revolución cubana, el Che visitó la India y antes de encontrarse con el presidente de ese país, Jawaharlal Nerhu, leyó su autobiografía, editada por Sudamericana.

El *Capital* de Karl Marx fue uno de los libros que más leyó el Che, y como ministro de Industria de Cuba fomentó espacios de discusión sobre

esa y otras obras, de los que formó parte el mismo Fidel Castro.

Leyó intensamente *El Quijote*, de la misma manera que abordó con mucha atención *Picando* de Sarmiento, *Los heraldos negros* de César Vallejo y *Crepusculario* de Pablo Neruda.

Como jugador de rugby, Guevara llegó a escribir en una revista llamada *Tadé*, en la que firmaba artículos bajo el seudónimo de Chang-Chó. La colección completa de esa revista -sobre medicina y deporte- es patrimonio de la Biblioteca Nacional y en esta oportunidad se expone una de las tapas y una página que lleva la firma del Che, sostuvo Allende.

También integra esta muestra un artículo sobre alegría que escribió en su paso por México cuando trabajó en el servicio de Alergia del hospital mexicano, tiempo antes de conocer a Raúl y Fidel Castro.

Otro de los artículos escritos por el Che, "Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana", que fue incluido por el estadounidense Wright Mills en su libro *Los marxistas*, donde compitió a los clásicos del marxismo, se expone en esta oportunidad. Ese libro, editado en 1962 y traducido al español en 1964, fue llevado por el Che entre sus lecturas en Bolivia.

Su compromiso con el movimiento social y político lo impulsó a leer *Humanismo burgués y humanismo proletario* de Aníbal Ponce -integrante del Partido Comunista-, en el que dejó traslucir su concepción humanista sobre el hombre nuevo.

Fanático del ajedrez, fue promotor de los torneos de esa disciplina deportiva en Cuba. *Mis mejores partidas de ajedrez*, de Alexander Alekhine, fue material de lectura del Che.

La filsofía también concitó su interés como *El origen Hegel* y *La filosofía de la América española*, de Georg Lukács; así igual que las obras de Sigmund Freud, como *Introducción al psicoanálisis*. "Che lector" se puede ver en la sala María Elena Walsh de la Biblioteca Nacional. La entrada es libre y gratuita.



El poeta y ensayista estadounidense Edward Hirsch, director de la Guggenheim Foundation, disertará el 1° de noviembre sobre el proceso de escritura, y dialogará con la poeta María Negroni, en el marco de la Serie de Lecturas Frost de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Hirsch publicó nueve libros de poemas, entre los que figura *The Living Fire: New and Selected Poems* (2010), y

Gabriel: A Poem (2014). También publicó *A Poet's Glossary* (2014), que es un compendio exhaustivo de términos poéticos. Desde hace 16 años es presidente de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation. Con apoyo de la Embajada de los EE. UU. en la Argentina, la actividad es gratuita y se realizará a las 19, en la Sede Rectorado Centro de la Untref, de Juncal 1319 (CABA).



CONTRATAPA

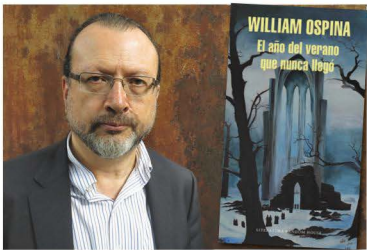
→ JAVIER CHABRANDÓ

Extrañas y ciertas influencias

Nada indica que una ley de la economía no se pueda cumplir en el arte. Y si esta modernidad nuestra de cada día acució aquello de que una mariposa bate sus alas en Hong Kong y un huracán se desata en las antipodas, en este libro, el colombiano William Ospina sale a la caza de una ley semejante, la que dice que si un volcán erupción en Polesina, un grupo de personas se encerrarán tiempo después en una villa en Ginebra para dar origen a textos de influencias aún vivientes. De eso se trata *El año del verano que nunca llegó*, el libro mezcla de diario y ensayo donde veremos a un Ospina devenido personaje, algo detectivesco, por qué no, que, impulsado por una serie de casualidades en forma de libros, conversaciones y citas, sale a buscar respuestas por un camino que se le muestra inapelable.

La aventura comienza en Buenos Aires y dura varios años. La tarea no es sencilla: explicar, o entender, la influencia de esa mariposa en el huracán, que en este caso es la erupción de volcán Tambora, sucedido en 1815, con el encuentro en Villa Diodati, donde, luego de la lectura de *Phantasmagoria*, y de un desafío lanzado al aire por Byron, los jóvenes Mary Shelley y Polidori comienzan a escribir sus obras perennes, *el Frankenstein*, y *El vampiro*, antecedente de Drácula, entre otros.

Aquellos habitantes de la villa no tenían por qué saber que esa noche que duró varios días había comenzado el año anterior, cuando el Tambora había logrado cambiar las reglas de la naturaleza, descendido la temperatura de la tierra, hacen que pájaros cayeran golpeados en pleno vuelo y que *Phantasmagoria* se llenara de fantasmas. Todavía no eran épocas donde el concepto de lo global sirviera para explicar casi todo, a pesar de que anotaciones de Benjamin Franklin habían alertado sobre la relación entre "los años sombríos y la actividad volcánica".



Mezcla de diario y ensayo (donde hasta el propio autor se calza un traje que huele a detective), la novela parte del día de la erupción del volcán indonesio Tambora (1815) que dejó "sin verano" a 1816. Ese año se reunieron en Ginebra, durante tres noches, los románticos Byron, Percy Shelley, Mary Shelley, John Polidori, y otros, en la Villa Diodati donde nacieron *Frankenstein* y *El vampiro*.

El Tambora erupción en 1815 y en 1816 el verano nunca llegó. Ese fue el verano en que, a orillas del lago Lemán, un grupo de escritores azotados por un impulso que sólo se podría llamar romántico, se reunieron para vivir los días de oscuridad que los prodigaba la naturaleza, días como noches, como si la naturaleza hubiera entendido que esos jóvenes, que vivirían vidas trágicas y muertes tempranas, necesitarían un impulso extra para enfrentar el futuro.

La reunión fue motivada por Clara Clairmont, que atormentó a Byron con cartas tan apasionadas que al fin le mostraron una salida del pozo en que había caído luego de abandonar a su esposa e hija y de haber tenido un hijo con su medio hermana-dejar Inglaterra. Así fue como en Villa Diodati se reunieron Byron, su medio hermano John Polidori, Clara y su hermanastra Mary, esposa de Percy Shelley, y otros huéspedes ocasionales como la condesa Anna Potocka y Matthew Lewis.

Ospina rastrea sus huellas y orígenes en Ginebra, Londres, París. Más piedras levanta, más li-

bro abre, más casualidades aparecen. De pronto ya no se trata sólo de los huéspedes de la villa, sino que van apareciendo otros personajes que merecen casi la misma atención, como los padres de Mary Shelley, nada menos que William Godwin, precursor del anarquismo, y Mary Wollstonecraft, figura clave del siglo XVIII, autora en 1792 de "Vindicación de los derechos de la mujer".

El retrato ahora se torna generacional y ya no se detiene en los protagonistas directos, sino que roza a Lewis Carroll, a Goethe, muestra los estertores de la revolución francesa, la influencia de las guerras napoleónicas. Y también sabremos de Milton, Voltaire y Rousseau, huéspedes de Villa Diodati en otras épocas. Y cuando los caminos de la realidad se cierran, aparecen los de la ficción, como cuando Ospina se pregunta qué habría sido de Clara y de su cuñado que Henry James se hizo la misma pregunta y escribió *Las papaveres de Apenin*, la historia de un crítico literario que viaja a Venecia para tratar de convencer a una anciana de que le venda antiguas cartas de amores o decepciones.

El resultado hace de *El año del verano que nunca llegó* un libro extraordinario, que pone frente a nuestros ojos la deuda que aún mantenemos con aquellos y otros románticos, deuda que a su vez el autor salda en su prosa, cargada de descripciones de paisajes y atenta a los estados de ánimos, como en la escena, o momento, en que Ospina aprovecha una pausa en medio de un viaje profesional para conocer el hogar de los Byron, la Abadía de Newstead, y la imposibilidad de hacerlo, el temor a quedar varado en medio de la campiña, la llegada del tren, la sensación de haber sentido el lugar sin haberlo conocido de verdad.

Hay más: el éxito de *El vampiro*, primero atribuido por el editor a Byron, lo que llevó a Goethe a decir que era lo mejor que había escrito el inglés; las extosísimas ediciones posteriores, lo que no evitó el suicidio de Polidori a los veinticinco años, quizá martirizado por los desprecios de Byron, la muerte de Shelley y su cremación improvisada, el probable origen de la idea que germinó en la cabeza de Mary Shelley hasta que ella, mujer, escribiera la historia del hombre no nacido de mujer.

A fin, el impulso que dio origen al libro se va diluyendo en otros proyectos literarios, otros viajes. Entonces, con la misma persistencia con que los románticos buscaban explicaciones allí donde quizá sólo había preguntas, una alerta de Google vuelve a poner a Ospina sobre la pista: un aniversario relacionado con Ada Lovelace, hija del matrimonio fallido de Byron, una niña a quien Byron no vio crecer, a la que casi no conoció. A pesar de eso, ella, nacida Augusta Ada Byron, pudo ser enterrada junto a su padre. Allí, desde el momento de su nacimiento por un lado, la hija por el otro. Nada más que decir, excepto que la matemática Ada Lovelace es considerada la creadora del primer algoritmo de la historia. Así, pasión y razón, al menos por un momento, moran como reconciliadas.